

INTRODUCCIÓN

Hace muchos años, cuando yo estudiaba en la universidad, a Rousseau se le despachaba con dos brochazos como anarquista, premarxista, liberal, individualista, colectivista o totalitario, como el padre de la Revolución francesa o el defensor de la soberanía popular¹. Los más leídos le describían como el autor de *Émile*, el rompedor tratado de educación, o el inventor de la novela sentimental, *La Nouvelle Héloïse*, que hizo verter lágrimas a media Francia... Había casi tantos Rousseau como investigadores. Ahora que tan de moda está el estudio de los sentimientos en política, Jean-Jacques es una pieza apetecible para los especialistas que le ven como el rey de la sensibilidad. Pero lo cierto es que hoy como ayer nos construimos un Rousseau a medida y escogemos, entre tantos, el que más nos gusta.

Pero, ¿qué tiene que ver nuestro Rousseau imaginado en el que borramos aspectos de su carácter, difuminamos otros y adornamos muchos más, con el real de hace más de doscientos años? Si en su día él ya se quejaba de que pocos conocían al verdadero Rousseau, ¿qué pensaría de nuestras construcciones? En estos tiempos de cancelaciones en que ha irrumpido una nueva forma de inquisición y se condena a los pensadores ilustrados por racistas, colonialistas o esclavistas, sacándoles de su contexto histórico y juzgándoles a partir de nuestros valores actuales, es raro que a Rousseau aún no le haya llegado la hora por misógino. Pero mi aproximación es distinta. Entiendo que mi tarea como historiadora de las ideas no es juzgarle, sino esclarecer y aportar luz sobre su figura y sobre sus ideas. Mis valores –los valores propios del siglo XXI– no son los suyos y en consecuencia sería absurdo enjuiciarle en función de ellos, aunque más de un historiador lo hace, en mi opinión erróneamente. El objetivo de este libro es pues insertarle en su época y mostrar cómo le veían sus contemporáneos. En palabras del catedrático Julián Sauquillo, el «gran teatro del mundo» en el que todos vivimos cambia con el tiempo, de manera que nadie puede ser juzgado fuera de la escena y el escenario que le tocó vivir.

¹ María José Villaverde, estudio introductorio a Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*, Istmo, Madrid, 2004, pp. 12-13.

En 1987 publiqué *Rousseau y el pensamiento de las Luces*, donde traté de abrimle paso en ese laberinto de interpretaciones y ofrecer una visión fiable de su pensamiento. Reconstruí las distintas piezas de su ideario, de su visión de la ciencia, la moral, la política, la religión, la sociedad, siempre a la luz de lo que pensaban sus coetáneos para determinar qué tenían sus ideas de novedosas y en qué aspectos retomaban las ideas comunes de la época. Y mi conclusión fue que era un pensador moderno, pero en guerra con la modernidad y admirador del mundo grecorromano. Pero era un retrato de sus concepciones, de su sistema, de su visión del mundo. Me faltaba llegar al corazón del hombre, al individuo Jean-Jacques, al escritor, al músico, al copista de música, al botánico, al amante, al marido, al padre que abandonó a sus hijos, al político, al desclasado, al misántropo, al sofista, al charlatán, al amigo de los grandes, al eremita, al huraño, al *maître à penser*.

Para trazar su retrato, he recuperado las miradas de quienes le trataron, tanto los que le odiaron como los que le admiraron, los aristócratas como Mme d'Épinay, el príncipe de Conti o el mariscal de Luxembourg, que le alojaron en sus residencias y fueron sus amigos, las damas como Mme de Boufflers o la comtesse d'Egmont, entre tantas otras, que se cartearon con él y se escandalizaron con sus *Confesiones*, los viajeros como Casanova o el futuro Gustavo III de Suecia que, empujados por la curiosidad, subieron las empinadas escaleras de su casa de la rue Plâtriére de París para conocer a tan extraño personaje, el vidriero Ménétrá que jugó con él a las damas en el café de la Régence y cuenta en sus memorias que en las mesas se agolpaba tal multitud para verle que la policía tuvo que intervenir, y por supuesto sus íntimos Diderot, Grimm, Mme d'Épinay y d'Holbach, que acabaron convertidos en sus enemigos, Saint-Lambert y Mme d'Houdetot, el amor de su vida, así como el bueno de David Hume, que se vio envuelto en un conflicto con Jean-Jacques de repercusión europea, y Voltaire, su adversario más encarnizado, que no dudó en usar contra él las injurias más groseras y más aborrecibles.

Pero no quiero inducirte a error, lector, porque este libro no es una biografía. Temporalmente abarca desde la época de su llegada a París, en 1741, hasta su muerte en Ermenonville en 1788. Y si bien retrato al personaje, lo hago atendiendo muy particularmente al telón de fondo en que se mueve, al escenario que lo encuadra sin el cual no podríamos entenderle. Así que me refiero al mundillo de los enciclopedistas parisinos con los que Jean-Jacques convivió, un mundo trufado de rencillas y conflictos internos, y hablo de su amistad y sus desencuentros con ellos. Pero aludo también a los enfrentamientos de esos mismos enciclopedistas con el bando ene-

migo de los *antiphilosophes*, un enfrentamiento a muerte pues ambos grupos pugnaban por ganarse el favor de la corte, del todopoderoso ministro Choiseul y de la amante del rey, Mme de Pompadour, y se disputaban la gloria y la primacía de la esfera intelectual en la Francia del muy católico Luis XVI. El partido *antiphilosophique*, tan desconocido y tan poco estudiado hasta la fecha, surgió como reacción a las nuevas ideas que difundía como una «peste» la *Encyclopédie* de Diderot, y se afanaba por defender la iglesia y el trono contra el materialismo y la irreligión. ¿Quiénes eran los *antiphilosophes* que el 16 de marzo de 1778 se manifestaban contra Voltaire a las puertas de la Comédie Française en el estreno de *Irène*, su última obra? ¿Qué relación tuvo Jean-Jacques con ellos? ¿Le consideraban uno de los suyos? ¿Fue Rousseau un ilustrado que se pasó al otro bando, traicionando a sus amigos, como aseguraba Diderot? ¿Los conflictos con Diderot, Voltaire y Hume se debieron a cuestiones personales o había planteamientos ideológicos detrás? ¿Fueron las concepciones teóricas de Jean-Jacques un simple medio de justificar su inusitado estilo de vida, su timidez, su torpeza, su relación con la tosca Thérèse Levasseur, que todos sus amigos reprobaban?² ¿Y fue de verdad Jean-Jacques víctima de un complot por parte de sus antiguos amigos, o fueron imaginaciones de su mente enferma?³ Lo que desde luego no cabe tachar de fantasías fueron las persecuciones que sufrió, tanto en París como en Ginebra, la quema de sus libros, la orden de arresto, las expulsiones...

Por estas páginas desfilan nombres como María Antonieta, Casanova o el príncipe de Ligne, detractores de Jean-Jacques como La Harpe y, entre sus admiradores, revolucionarios como Ginguené o Robespierre, que se resistió a trasladar sus cenizas al Panteón para que no se contaminaran con los restos de su enemigo Voltaire.

La verdad es que no tenía el propósito de escribir este libro; la editorial Tecnos me había pedido únicamente una introducción para una nueva edición de *Rousseau y el pensamiento de las Luces*, pero uno sabe cómo empieza, pero no dónde va a acabar. Los lectores que hayan leído mi libro de 1987

² Jean Starobinski, *Jean-Jacques Rousseau. La transparence et l'obstacle*, Paris, Gallimard, 1971, p. 50.

³ En una carta a su amigo D'Ivernois del 28 de marzo de 1768, Jean-Jacques se pregunta: «Viendo que nada de todo lo que había imaginado ha ocurrido, empiezo a temer, después de tantas desgracias reales, que me invente algunas imaginarias». *Lettres à Malesherbes*, Présentation, notes et commentaires par Jacques Vassevière, Le Livre de Poche, Libretti, Librairie Générale de France, 2010, Commentaires, p. 91.

tienen todo el derecho a preguntarse si mantengo las mismas tesis, y yo me encuentro en el deber de responder. Para ser breve diré que en aquel libro catalogaba a Rousseau como un antifilósofo. ¿Lo sigo manteniendo hoy? El lector juzgará por sí mismo.

CAPÍTULO 1

UN PERSONAJE DE CULTO¹

Una tarde de octubre de 1794 una gran carroza adornada de guirnaldas y flores y seguida por una gran multitud hizo su entrada en París. Iba escoltada por un destacamento de la gendarmería a caballo y por ciudadanos expresamente elegidos. Procedía de Ermenonville, donde el cuerpo sin vida de Jean-Jacques Rousseau había sido inhumado hacía 16 años, el 4 de julio de 1778, y trasladado a un templete de estilo grecorromano rodeado de álamos en l'Île des Peupliers, en el corazón del parque de Ermenonville². Años antes, René-Louis de Girardin, su anfitrión durante sus últimas seis semanas de vida, había transformado una serie de terrenos pantanosos en un parque romántico a la inglesa, con cascadas, grutas y senderos donde la vegetación crecía aparentemente a su antojo, antítesis de los jardines de Versalles. Para su construcción, Girardin había seguido los criterios «naturalistas» de Rousseau y se había rodeado de una pléyade de arquitectos y pintores, y de doscientos jardineros escoceses³. Allí, el 4 de julio de 1778 a medianoche, a la luz de antorchas y luminarias y entonando cantos fúnebres, se dio el último adiós a Jean-Jacques Rousseau, fallecido el 2 de julio a los 66 años en la casita cercana al castillo que el marqués había puesto a su disposición. Murió súbitamente de apoplejía acompañado únicamente por su mujer Thérèse. Su médico y amigo Le Bègue de Presles realizó la autopsia y descartó en su informe un posible suicidio⁴. Se rumoreó

¹ Soy responsable de la traducción al español de las citas de todos los libros en francés.

² Jean-Philippe Sueur tardó 17 meses en esculpir su sepulcro en plomo. El retrato de Rousseau fue dibujado por el pintor Nicolas-André Monsiau. *La Décade philosophique, littéraire et politique par une société de Républicains*, Tome Premier, Paris, Au Bureau de la Décade, An II (29 Avril 1794), p. 75.

³ René Mathieu, *Ermenonville*, Touring Club de France, Paris, 2012 (FeniXX réédition numérique). Ver el capítulo 2. *L'oeuvre du marquis de Girardin à Ermenonville*.

⁴ *Relation ou notice des derniers jours de Mons. Jean Jacques Rousseau; circonstances de sa mort; et quels sont les ouvrages posthumes, qu'on peut attendre de lui:* par Mons. Le Begue de Presle, Docteur en Médecine de la Faculté de Paris, et censeur Royal. Avec une Addition relative au même sujet; par J. H. de Magellan, Gentil-homme Portugais [etc.]. A Londres, chez B. White [etc.], M DCC LXXVIII. Citado por Jean-

que Thérèse, al administrarle algunas de las hierbas que él mismo recolectaba, había sido la causante de su muerte, rumores que difundió su amigo Pierre-Alexandre du Peyrou. Por su parte, Mme de Staël, quien tenía una pésima opinión de Thérèse Levasseur, a quien tachaba de madre desnaturalizada y a quien responsabilizaba del abandono de sus hijos, insinuó que Jean-Jacques se había suicidado al enterarse de que su mujer tenía una aventura con un joven sirviente del marqués de Girardin, con quien se casaría un año después de la muerte de Rousseau⁵. La imagen de chica ignorante pero fiel y buena persona que nos ha legado la historia quedaba así en entredicho⁶.

Once años más tarde, en agosto de 1789, la Academia francesa por boca de su secretario perpetuo Jean-François Marmontel, un seguidor de Voltaire, anunciaba que el tema del premio de elocuencia del año siguiente sería el elogio de Rousseau⁷, y que estaría dotado de una medalla de oro de 600 libras ofrecida por el conde Antoine-Joseph Barruel-Beauvert, que en mayo acababa de publicar la primera biografía del ginebrino. ¿Por qué una

Daniel Candaux, «Thérèse Levasseur, ou les avatars d'une image (1762-1789)», *Jean-Jacques Rousseau/Isabelle de Charrière: Regards croisés; Reading Charrière in the Light of Rousseau and Viceversa, Cahiers Isabelle De Charrière Belle De Zuylen Papers*, Genootschap Belle van Zuylen, 2012, n° 7, pp. 99-108 (101-102).

⁵ Jennifer M. Jones, «Thérèse Levasseur's Improvised Life with Rousseau», Jennifer Forestal, Menaka Philips, *The Wives of Western Philosophy. Gender Politics in Intellectual Labor*, Routledge, 2020, pp. 107-126 (120).

⁶ D'Holbach, en una carta al abate Galiani, le reveló que se rumoreaba que Thérèse había tenido una relación con un fraile. Asimismo, Jacob-Henri Meister, en carta a Paul-Claude Moutou, se hacía eco de que Jean-Jacques había pillado a Thérèse *in flagranti*. En cualquier caso, parece ser que, en la década de los sesenta, ambos dejaron de tener relaciones sexuales debido a los problemas urinarios crónicos de Rousseau, lo que afectó especialmente a Thérèse. James Boswell, que la acompañó a Inglaterra, alardea en su diario de haberse acostado con ella trece veces durante su viaje. Isabelle de Charrière, en *Plainte et Défense de Thérèse Levasseur*, trató de defenderla de la reputación de «víbora» que tenía en ciertos ambientes. Pero lo cierto es que en 1779 se casó con Jean-Henry Bally, de 34 años, un criado del marqués de Girardin (el último anfitrión de la pareja), a pesar del escándalo que el matrimonio provocó. Jean-Jacques la había propuesto que, cuando él muriese, se retirara a un convento, a lo que ella se opuso tajantemente. Los íntimos de Rousseau comentaban asimismo el extraño poder que ejercía sobre él su «gouvernante». Por ejemplo, Hume se extrañaba de su enorme influencia sobre Rousseau y, con una nota de humor, la comparaba a la de su perro Sultán. Jennifer M. Jones, «Thérèse Levasseur's Improvised Life with Rousseau», *op. cit.*, pp. 116-117.

⁷ Shojiro Kuwase, *Les Confessions de Jean-Jacques Rousseau en France (1770-1794)*, Paris, Honoré Champion, 2003, pp. 228-229.

institución como la Academia, que no le había admitido en vida en su seno y que contaba entre sus miembros a un buen número de sus enemigos, empezando por el propio Marmontel⁸, decidió en ese momento honrar su memoria? ¿Era una simple maniobra para hacerse perdonar sus escasas inclinaciones revolucionarias? En todo caso, el premio se pospuso a 1791 y luego se postergó indefinidamente⁹.

El 27 de agosto de 1791, una impresionante delegación de escritores, artistas y ciudadanos presentó una queja ante la Asamblea Nacional porque Jean-Jacques Rousseau no había recibido sepultura en el Panteón con honores públicos, a diferencia de Mirabeau y de Voltaire. Exigían, además de su «panthéonisation», una pensión para Thérèse Levasseur¹⁰ y que se erigiera una estatua a Jean-Jacques en el centro de París, de conformidad con el decreto de diciembre de 1790. Si a Voltaire se le admiraba por haber aplastado el fanatismo bajo los pies de la filosofía, ¿cómo no iba a saldar la revolución su deuda con Rousseau, el autor de *El contrato social* y el «primer fundador de la Constitución francesa»? La petición, redactada por el reformador bretón Pierre-Louis Ginguené, ferviente admirador de Rousseau y futuro miembro de la Comisión de Instrucción Pública de la Convención Nacional, iba refrendada por 311 firmas¹¹. La Asamblea ordenó levantar una estatua con el rótulo «La nación francesa libre, a J. J. Rousseau», en cuyo pedestal figurase su divisa «Vitam impendere vero» y conceder a su viuda 1.200 libras anuales¹².

⁸ Sobre la enemistad de Marmontel hacia Rousseau, ver *Las confesiones*, EDAF, Madrid, 1980, l. X, p. 436.

⁹ Un donante anónimo duplicó la dotación del premio que, sin embargo, quedó desierto, y al ser la Academia disuelta en 1794, no se hizo nunca efectivo. Raymond Trousson, «Deux Neuchâtelois au concours de l'Académie française en 1790: Isabelle de Charrière et François-Louis d'Eschery», *Cahiers Isabelle De Charrière Belle De Zuylen Papers*, op. cit., p. 27.

¹⁰ Jean-Daniel Candaux, «Thérèse Levasseur, ou les avatars d'une image (1762-1789)», op. cit., p. 108.

¹¹ *Pétition à l'Assemblée nationale contenant demande de la translation des cendres de J.-J. Rousseau au Panthéon français*. Assemblée nationale, 16-31 août. Ile séance du 27 août 1791. Citado por Pierre Naudin, «Ginguené et Rousseau d'après les lettres sur les Confessions», Édouard Guitten (dir.), *Ginguené (1748-1816). Idéologue et médiateur*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1995, pp. 98-102. <https://doi.org/10.4000/books.pur.35896>. Consultado el 19/06/2023.

¹² Gabriel Vauthier, «La statue de Jean-Jacques Rousseau», *Annales Révolutionnaires*, Paris, t. 14, 1 janvier 1922, p. 68.

A pesar de la decisión favorable de la Asamblea, los jacobinos se opusieron¹³. El periódico de Marat *L'Ami du Peuple*, en su número 543 del 2 de septiembre, publicaba un artículo titulado «Outrage fait aux cendres de J.-J. Rousseau» (Agravio hecho a las cenizas de J.-J. Rousseau), en el que arremetía contra la decisión de colocar los restos de Rousseau al lado de los de Voltaire, a quien Marat aborrecía, y de los de Mirabeau, a quien había denunciado en 1791 como un traidor a la revolución. El número 548 incidía en la protesta¹⁴.

En pleno apogeo del Terror, en abril de 1794, el mes en que Danton, Desmoulins y sus compañeros cayeron bajo la guillotina, Thérèse Levasseur¹⁵, acompañada de una nueva delegación, se presentó personalmente ante la Convención Nacional para exigir, una vez más, que los restos de Rousseau fuesen trasladados al Panteón¹⁶. Aunque la Convención aceptó la petición¹⁷, no se hizo efectiva hasta después del 9 termidor año II (27

¹³ El *Journal de Paris* nº 241 del 29 de agosto se hacía eco de la petición redactada por Guinguené, y en el número del 5 de septiembre del mismo año (1791) insistía sobre el tema. Al parecer René-Louis de Girardin, el último anfitrión de Jean-Jacques, se oponía y alegaba que se debía seguir honrando la memoria de Rousseau en un lugar íntimo como era la isla des Peupliers. El número 265 del 22 de septiembre del *Journal de Paris* daba cuenta de la decisión final de mantener los restos de Jean-Jacques en Ermenonville. Christian Didier, «Le transfert des cendres d'Ermenonville au Panthéon», p. 4, donde retoma el relato de Ch. Rowe. <https://jjrousseau.net/2015/04/24/le-transfert-des-cendres-de-jean-jacques-rousseau-dermenonville-au-pantheon/>. Consultado el 13/07/2024.

¹⁴ D. Higgins, «Rousseau and the Pantheon. The Background and Implications of the Ceremony of 20 Vendémiaire Year III», *The Modern Language Review*, vol. 50, nº3, Jul. 1955, pp. 274-280 (274). <https://www.jstor.org/stable/3719761> <https://www.jstor.org/stable/3719761>. Consultado el 24/03/2024.

¹⁵ Durante el período revolucionario Thérèse Levasseur no cesó de hacer peticiones económicas a la Asamblea Nacional como viuda de Rousseau y depositaria de su legado. La Convención le concedió la pensión que solicitaba, pero la instó a que se mantuviera alejada de la canonización de Rousseau, y no la autorizó a formar parte del cortejo que trasladó las cenizas de Jean-Jacques desde Ermenonville al Panteón. Jennifer M. Jones, «Thérèse Levasseur's Improvised Life with Rousseau», *op. cit.*, p. 120.

¹⁶ En la sesión del 25 Germinal, la Convención determinó que las cenizas del «amigo de la humanidad», del «valiente defensor de los derechos de todos los pueblos» fuesen trasladadas al Panteón. *La Décade philosophique, littéraire et politique par une société de Républicains*, Tome Premier, *op. cit.*, pp. 32-33.

¹⁷ *La Gazette Nationale ou Moniteur universel* del 16 de abril de 1794 informaba de la